

desgraciados reyes vencidos se veian obligados á tirar de su carro como miserables bestias. Nabucodonosor, conquistador de la Arabia, de la Idumea, de la Siria, de Tiro y de Egipto, despues de haber destruido Jerusalem y cometido las crueldades mas inauditas, mandó matar á los hijos de Sedecías, á la vista del desventurado padre; hizo en seguida que á éste le sacasen los ojos, y le ordenó que le condujesen á Babilonia cargado de cadenas.

De los pueblos conquistadores, los romanos fueron los que con mas moderacion y menos injusticia se condujeron. No era en ellos comun la crueldad bárbara que distinguió á los demás conquistadores. Observaban en las formalidades de la guerra, un carácter de justicia que les revestia de cierta nobleza y dignidad: en la ruptura de las hostilidades, trataban de aparecer con derecho á emprenderlas, y en la victoria se conducian con plausible moderacion. Por estas excelentes cualidades, que dieron lustre y honor á la nacion romana, han sido alabados los romanos en sus conquistas, por los historiadores. Justos, merecidos son los elogios; pero debe tenerse presente que no han sido alcanzados porque no hubiesen usado de perfidias, dolo y notables injusticias, sino únicamente porque otros conquistadores les habian excedido en grado muy alto en arbitrariedad y tiranía. Los bellos rasgos de nobleza y de caballeridad que resaltaron en algunos de sus grandes capitanes en sus primeros siglos, se encuentran oscurecidos con ciertas acciones inhumanas que manchan su memoria. Distinguidos guerreros, esforzados capitanes, generales ilustres, nobles ciudadanos, príncipes, reyes y desventuradas reinas, inocentes y tiernos hijos, marcha-

ban ignominiosamente atados delante del lujoso carro del soberbio vencedor romano. Conducidos á la prision en medio de la vergüenza que debia causarles su situacion de vencidos, se les quitaba la vida, ó permanecian para siempre encadenados, sin respirar otro ambiente que el húmedo de la estrecha cárcel en que gemian. Aun cuando el Senado y el pueblo romano observaban una moderacion que estuvieron muy lejos de tener otras naciones conquistadoras, no por esto dejan de ser horribles los actos de crueldad, de perfidia y dolo, llevados á cabo por los capitanes á quienes encargaron las conquistas. No me detendré á referir las extorsiones y violencias que mancharon el nombre romano en las Galias, Macedonia, Egipto y Asia. Bastan algunos actos de los que cometieron en España, para persuadirse de que estaba muy lejos de ellos las consideraciones á la justicia, á los convenios y á la humanidad. Horroriza la bárbara crueldad cometida por Lucio Lúculo, mandando pasar á cuchillo á los de Cancia, en los momentos en que descansaban tranquilos en la fe de la capitulacion celebrada con el mismo cónsul. No es menos terrible la destruccion de la ciudad de Numancia, sin haber dado el motivo mas leve para ello; por sólo haber mostrado los numantinos, dignos y elevados sentimientos, no queriendo poner en manos de sus enemigos á sus vecinos los segedanos, á quienes habian dado hospitalidad. En igual grado de injusticia se encuentra la accion pérfida y cruel de Servio Galva, ejecutada con varios pueblos de Lusitania; y no son actos menos reprobables los robos, las extorsiones y las violencias ejecutadas por los gobernadores que fueron enviados á España.

Cierto es que el cristianismo vino á destruir esos hechos bárbaros y á verter en el corazon del hombre sentimientos generosos de humanidad y de filantropía; pero á pesar de haber logrado hacer de pueblos salvajes y feroces, naciones sociables y humanas, los conquistadores siempre han desplegado rigor y ferocidad. Horrorizan las crueldades cometidas por los dinamarqueses y los noruegos, conocidos bajo el nombre de normandos. Sus piraterías en las costas de Escocia, de Irlanda, de Inglaterra, Francia, Flandes, España, Italia y de la Grecia, desolaron las poblaciones marítimas. Tras los estragos causados en las costas, emprendieron la conquista de la Normandia y de la Inglaterra, y trataron de establecerse en el reino de Sicilia. Estremece de horror la lectura de las atrocidades que, por espacio de un siglo, cometieron en la Europa, incendiando sus campos y sus ciudades, y ejerciendo las crueldades mas inauditas con los pueblos. Al mismo tiempo que entraban en Italia los sarracenos por el Mediterráneo, talando los campos, tomando ciudades y haciendo cautivos, estos bárbaros, entrando por el Océano, llegaron á penetrar en París, quemando las iglesias, con los ministros del Señor, y asesinando á los monjes delante de los altares.

Carlo Magno, á pesar de la proteccion que protestaba á las letras y de sus relevantes prendas como hombre de estado, como guerrero y como católico, no pudo, como conquistador, dejar de presentarse con esos rasgos de crueldad que parecen consiguientes á las conquistas. Con inhumana crueldad se vengó de los sajones con la matanza de Verden, y mandó cortar la cabeza á cuatro mil y qui-

nientos de los principales partidarios de Witikind, su general, cuya órden fué ejecutada exactamente.

Tamerlan, héroe de la Tartaria, no sobresalió menos por su fiereza que por su valor. Mandó en la toma de Arcingua, que se pasase á cuchillo á soldados y moradores, sin excepcion de niños ni mujeres; hizo perecer en el saqueo de Bagdad, mas de ochocientos mil habitantes; y la ciudad de Sebaste la entregó al furor de la desenfrenada soldadesca, sólo porque le hizo resistencia, ordenando que condujesen á su presencia á los principales ciudadanos para darles una muerte mas cruel. Con efecto, fué horrible la manera con que les hizo perecer; mandó que les atasen las cabezas á los muslos; que les arrojasen así en un hoyo profundo, y cerrar éste en seguida para que pereciesen de aquella manera.

Aun los ejércitos de las cruzadas, cuyos guerreros hacian profesion de seguir la doctrina de caridad y de amor al prójimo, predicada por el Salvador del mundo; aun esos ejércitos compuestos de penitentes que se alistaban para expiar sus pecados; aun esos ejércitos que creian ir á pelear solamente por la gloria del Redentor; aun esos ejércitos, repito, inundaron de sangre y cubrieron de cadáveres el Oriente; y no solo ejercieron terribles crueldades contra aquellos infieles, de cuyas manos pretendian salvar á Jerusalem, sino tambien con los mismos cristianos.

Los actos de vandalismo de los ejércitos franceses, en la invasion mas injusta que han presenciado los siglos; en la invasion de España por Napoleon I, no son menos vituperables que los referidos, puesto que fueron ejecutados en el decantado siglo de las luces.

No cuenta la conquista de Méjico con las horribles crueldades cometidas por los conquistadores que han asolado los países á donde han llevado sus armas destructoras.

Algunos hombres fueron, despues de la toma de la capital y en tanto que el gobierno de España tenia conocimiento de las exigencias de los nuevos países, que se hicieron odiosos así para los españoles, como para los naturales; pero estos hombres fueron quitados inmediatamente y castigados, ocupando su lugar otros que se hicieron apreciables al país entero.

Examinados los hechos que en nuestra época se han calificado por crueles y desusados, veremos, juzgándolos á la luz del siglo en que se verificaron, que no tiene el colorido con que se ha tratado de presentarles, sino el propio, el comun de aquellos tiempos. Todas las naciones sin excepcion ninguna, ejercian entonces el derecho de la fuerza con una crueldad, que las luces del adelantado siglo que cruzamos, ha hecho que desaparezca hasta cierto punto, aunque no debemos lisonjearnos de que la posteridad no los calificará, á pesar de eso, de inhumanos. Los excesos cometidos por aquel tiempo en la toma de Roma, y en la de Tunez por los ejércitos imperiales, así como el saqueo de Rávena y de Brescia por las tropas francesas, arguyen en apoyo de mi aserto. Algunos actos de la conquista, que los escritores modernos han calificado de crueles y desusados, porque así nos lo parecen hoy, no presentaban para los hombres del tiempo en que acontecieron, nada de extraordinario, puesto que eran comunes al mundo entero. Acaso los conquistadores de Méjico los

ejecutaron quitándoles alguna parte de la severidad usada por otros pueblos.

El sensato escritor norte-americano Prescott, no menos imparcial y elocuente, que filósofo y florido, se expresa en términos que colocan á Cortés y á sus soldados en un lugar muy superior á los demás conquistadores, respecto á sentimientos de filantropía. Dice que «en general la invasion, hasta la toma de la capital, fué ejecutada bajo principios menos ofensivos á la humanidad, que los que se observan en la mayor parte, y tal vez en todas las conquistas» que «no exterminaron una poblacion pacífica y sumisa por el solo placer de la crueldad, y que su espada rara vez se manchó con sangre, sino cuando fué indispensable para el éxito de la empresa.» «Aun en el último sitio de la capital, añade, las penalidades de los aztecas, si bien terribles, no fueron efecto de ninguna desusada crueldad de los vencedores, ni tampoco mayores que las causadas en su país á sus propios compatriotas en mas de una ocasion memorable, por las naciones mas civilizadas, tanto en épocas antiguas como en nuestros dias. Esos sufrimientos son la inevitable consecuencia de la guerra, cuando en vez de relegarla á su territorio propio, se hace contra el hogar doméstico y contra la pacífica comunidad de un pueblo, contra sus ciudadanos incapaces de llevar las armas, y aun contra seres mas inofensivos como las mujeres y los niños. En el presente caso, de los daños que resistieron los sitiados, son responsables ellos mismos, por su patriótico, pero desesperado entusiasmo. No deseaban los españoles destruir la capital ó sus habitantes, ni estaba en sus intereses. Cuando alguno de estos

caía en sus manos, era tratado con consideración; se ocurría á sus necesidades y se tocaron todos los medios para inspirarles un espíritu de conciliación, á pesar de la terrible suerte á que ellos destinaban sus prisioneros cristianos. Hasta los últimos momentos estuvo abierta la puerta para una capitulación liberal, aunque inútilmente.»

«El derecho de conquista necesariamente importa el derecho de usar cuanta fuerza sea necesaria para superar la resistencia que se oponga al establecimiento de aquel derecho. Si de diverso modo hubiesen obrado los españoles, hubieran tenido que abandonar el sitio y aun la conquista del país. Si hubiesen permitido á los habitantes con su intrépido monarca huir, se hubieran prolongado los males de la guerra, trasladándolo á otro punto diverso y mas inaccesible. Si la expedición habia de tener éxito, no les quedaba eleccion, y si nuestra imaginación se sobrecoge á la vista de tantos horrores en esta escena y en otras semejantes de la conquista, es de pensarse que tal es el resultado natural de las grandes masas de hombres empeñados en una lucha.»

«La suma de los padecimientos, no manifiesta por sí sola la suma de la crueldad que los causó, y en justicia, es preciso decir, que el mismo brillo é importancia de las hazañas de los conquistadores de Méjico, ha dado á sus malas acciones una celebridad mayor, y las ha engrandecido mas allá de lo que estrictamente merecen. Justo es establecer, bajo su verdadero punto de vista, muchas cosas, no para disculpar los excesos de los conquistadores, sino para poder juzgar acertadamente con mas imparcialidad su conducta, comparándola con la de otras

naciones en circunstancias iguales, en lugar de marcarla con una censura especial, por males que necesariamente dimanaban de la naturaleza misma de la guerra.»

Muy satisfactorio seria para la humanidad, que la conquista de Méjico, así como fué la que menos actos de crueldad presenta de las demás conquistas verificadas en el mundo, hubiera estado exenta, en lo absoluto, de todo acto reprobable; de la mas ligera falta. Pero si no se puede exigir que resida la perfección en un solo individuo, con menos justicia pretenderíamos encontrarla en una reunion de soldados, en medio de los combates, de los trabajos y de las necesidades, luchando en apartadas regiones, contra pueblos valientes, que sacrificaban á sus prisioneros, que repartian sus miembros para sus banquetes, que ponian celadas en todos los caminos, en todas las ciudades, para apoderarse de ellos.

Apartarse de la verdad, seria hacer la apología de todos los actos de los conquistadores de Méjico; pero no seria menos injusto acriminar sin piedad hasta sus mas ligeras faltas. Yo no trato de echar un velo sobre los excesos que se cometieron, por mas que juzgue justo que debe establecerse el paralelo entre ellos y los cometidos por los héroes mas celebrados en las páginas de la historia de las conquistas operadas en el mundo. Mi deber de historiador y mi amor á la verdad, harán que presente los hechos con el exacto colorido que les corresponde, sin desvanecer ni recargar las tintas del cuadro, cuidando de no separarme un ápice del verdadero original. No titubeo en confesar que varias veces se excedieron algunos de los que pisaron aquellas vírgenes regiones, de los términos que

prescriben la humanidad y la justicia; pero los actos injustos de unos pocos individuos, no caracterizan á la mayoría de sus compañeros que obran de distinta manera, y mucho menos á toda una nacion que los reprimia y castigaba.

Se acusaba á los modernos mejicanos de adolecer de exageracion, al ocuparse de narrar los actos de los españoles que efectuaron la conquista. «Nadie ha sido tan severo con los antiguos conquistadores, dice Prescott, como sus propios descendientes los modernos mejicanos. Bustamante, el editor de Ixtlilxochitl, concluye una invectiva animada contra los invasores, recomendando la ereccion de un monumento en el sitio que hoy está en seco, donde fué hecho prisionero Guatemotzin, el cual como lo expresa la misma inscripcion que se propuso, *entregue á la eterna execracion la detestada memoria de estos bandidos.*» Juzgando poco lógico ese odio manifestado contra los conquistadores, dice en seguida. «Cualquiera supondria que la pura sangre azteca, sin mezcla de una sola de la castellana, corre por las venas del indignado editor y de sus compatriotas, ó á lo menos que sus simpatías por la raza conquistada, les habrán hecho que sea reintegrada en sus antiguos derechos. Sin embargo de estos rasgos de generosa indignación de que están llenos los escritos de los mejicanos de nuestros dias, ni la revolucion, ni ninguno de esa numerosa serie de pronunciamientos, ha dado por resultado restaurarles un solo acre de sus antiguos derechos.

La justicia y el buen criterio que distingue á los ilustrados hijos de Méjico, me imponen el satisfactorio debér

de hacer algunas observaciones respecto de las líneas que han dado motivo al ilustre escritor norte-americano á expresarse en los términos que el lector acaba de ver.

Los escritos del laborioso mejicano D. Cárlos María Bustamante, fueron concebidos en épocas de efervescencia política; cuando Méjico acababa de emanciparse de España, cuando los que acababan de hacerse independientes, temian que Fernando VII enviase alguna expedicion que redujese al país en colonia. Entonces, no por odio á los españoles ni á los conquistadores, sino por miras políticas, por excitar el patriotismo de las masas, pues se creia que una parte de la sociedad anhelaba volver al pasado régimen, se pintó á los dominadores con los resalantes colores que mas pudiesen producir el efecto repulsivo al sistema colonial. Igual origen reconocen las exageradas descripciones hechas por algunos oradores, en sus discursos del 16 de Setiembre, aniversario de la independencia, presentando al país oprimido bajo el peso de las cadenas, y á los españoles como á tiranos opresores. Era el temor de perder la independencia adquirida, no un sentimiento bastardo contra los hijos de España, el que dirigia la pluma de los escritores y la voz de los oradores. Mas tarde, divididos los mejicanos en dos partidos políticos, el liberal exaltado que se denominó *yorkino*, y el moderado que tomó el nombre de *escocés*, dió motivo á que continuasen las exageraciones contra la conquista y los hijos de la nacion que la llevó á cabo. Los yorkinos, para despopularizar y atraer el odio sobre sus antagonistas en política, los presentaban en secreta inteligencia con los españoles para hacer volver al país á la obediencia de su antigua

metrópoli, mientras los escoceses acusaban á los contrarios de impíos, intolerantes y enemigos de todo orden social. Los primeros, no por odio á los nativos de España, sino por conseguir su objeto político, recargaban de negras tintas en sus periódicos y sus discursos patrióticos, el cuadro de la conquista y de la dominacion española. A fuerza de repetir el tema bajo diversas formas, lograron que en la opinion de las masas, quedase como hecho inconcuso lo que afirmaban. El vulgo llegó á preocuparse con la idea de que le tocaba vengar los agravios de los antiguos mejicanos, sin acordarse de que circulaba por sus venas mezclada la sangre castellana con la de los conquistadores nacidos en el mismo Anáhuac, no siendo, por lo mismo, mas que hijos de los que habian derrocado el imperio de Méjico. Juzgó al pueblo indio reintegrado en sus antiguos derechos con la independencía, y quedó arraigada la extraña preocupacion de que los hijos de los españoles, nacidos en el país, no tenían de los antiguos aztecas ni idioma, ni religion, ni costumbres, ni color, ni fisonomía, habian heredado los derechos de Moctezuma, y que la independencía no habia hecho otra cosa que volver las cosas al mismo estado que tenían antes de verificada la conquista. Es cierto que á lamentables rencillas y odiosas polémicas han dado origen entre mejicanos y españoles allí radicados, esas creencias sembradas en el pueblo; pero, como antes dije, el objeto de los tribunos ó directores de la política, era extraño á toda malquerencia contra los hijos de España, y únicamente se dirigia al triunfo de sus principios políticos.

Conozco bien los nobles sentimientos de la ilustre so-

ciudad mejicana, y sé que en ella no hay odios, sino deferencia y aprecio hácia los españoles, lo mismo que hácia todo extranjero que pisa aquel delicioso suelo. Los temores que agitaron á los primeros escritores, han desaparecido; y los literatos de hoy, que reúnen á la imparcialidad el conocimiento de la historia, lejos de participar de las exageraciones del laborioso autor á quien cita Prescott en su obra de la conquista de Méjico, las censuran como opuestas á la verdad histórica. Que la ilustrada sociedad mejicana no es responsable de la proposicion hecha por el escritor D. Cárlos María Bustamante, ni estaba de acuerdo con ella, se manifiesta patentemente en que no fué admitida. El monumento al valiente emperador Guatemotzin se ha levantado; pero en su inscripcion no hay una sola frase ofensiva contra los conquistadores. Cierta es que aun suele aparecer alguna vez, en las fiestas del aniversario del grito de independencía, uno que otro orador sacrificando la verdad histórica á las preocupaciones que le dominan; pero es preciso confesar que son muy pocos, y que esos pocos no ven elogiados nunca sus discursos por la prensa sensata.

Los hombres ilustrados de Méjico, los que han hecho un estudio profundo de la historia de su país y han filosofado sobre los resultados producidos por la conquista, hacen la debida justicia á los conquistadores, sin que por esto dejen de lamentar aquellos excesos que, por desgracia, van unidos á las desoladoras guerras. Comprenden que entre los buenos resultados operados para la actual nacion mejicana, no fué el menor la unificación de los diversos y contrarios reinos, debida á los conquistadores. Un